

X JORNADAS DE LA ATE (Chaminade - Madrid 2012)

Apertura

EL GÉNERO ¿UNA IDEOLOGÍA? La construcción de la diferencia sexual desde la ciencia, la filosofía, la historia y la teología

Asistimos en los últimos años, y cada vez con más fuerza, a una estrategia “neoconservadora”, en estrecha relación con el neoliberalismo ascendente, que, como él, está imponiendo su programa en diferentes ámbitos de la vida social. Esta posición ideológica que está influyendo tan decisivamente en la política, en la economía e incluso en la educación, parece haber tomado también entre sus objetivos al feminismo como movimiento social y como forma de pensamiento crítico. Es algo lógico, puesto que la “fascistización” que está llevando a cabo el neoliberalismo en diferentes ámbitos de la vida social ha entrado en la lógica cínica de tildar de moderno el pensamiento reaccionario del liberalismo del s.XIX, mientras tacha de pasado de moda el pensamiento crítico nacido de la modernidad. Pues bien, también estamos asistiendo al avance de esta posición ideológica en el seno de la Iglesia católica, y no sólo entre el estamento dirigente. El ataque, más o menos sibilino y velado, a todo lo que suene a feminismo o género se ha convertido en el objetivo de una política de actuación que tiene consecuencias graves para quienes, en la Iglesia, se atreven a investigar o reflexionar seriamente sobre estos temas.

En el verano de 2004, J. Ratzinger, cuando aún era Prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe, escribió la *“Carta a los obispos de la Iglesia católica sobre la colaboración del hombre y la mujer en la Iglesia y en la Sociedad”*, que, si bien pasó casi desapercibida y fue considerada en otras partes del mundo como uno de sus trabajos más flojos, contiene algunas ideas que están en el inicio de esta situación y que, en España están siendo utilizadas y desarrolladas en diversos movimientos de tendencia neoconservadora que tienen como uno de sus objetivos la “estigmatización” y condena del feminismo, al que acusan de ser el origen de la destrucción del orden social en diversas manifestaciones.

Esta crítica antifeminista, tal como se ve reflejada en la carta de J. Ratzinger, presenta dos frentes que pueden detectarse en algunos de estos movimientos y campañas eclesiales. El **primero** alude al feminismo como movimiento social, sus formas de protesta y sus demandas políticas. Carga toda su crítica contra la estrategia de búsqueda de poder de las mujeres en los ámbitos privados, sociales y políticos, porque conduciría, a la rivalidad entre los sexos y a la confusión de identidad y roles en perjuicio de la familia. Se cuestiona de esa forma una experiencia básica que alumbró el movimiento feminista y es que las relaciones entre hombres y mujeres estén atravesadas por relaciones de subordinación o dominio, que lo “personal es político” y que, por ello mismo, el camino de la liberación de las mujeres esté marcado por la demanda y conquista de aquellos ámbitos considerados privados: libertad sexual y reproductiva, el divorcio, las formas de familia, entre otras conquistas sociales.

La **segunda crítica** que se realiza lo es contra el feminismo como forma de pensamiento crítico, especialmente se combate contra una categoría de análisis central del feminismo como es el concepto de “género”. Según esta posición que sostiene la carta de Ratzinger, esta la explicación cultural de la diferencia sexual tiende a cancelar las diferencias, que pasarían a ser consideradas como simple efecto de un condicionamiento histórico-cultural. En esa explicación

cultural de la diferencia sexual, siempre según la carta, la diferencia corpórea, llamada sexo, se minimiza, mientras la dimensión cultural, llamada género, queda subrayada al máximo y considerada primaria. Este oscurecimiento de la diferencia y dualidad de los sexos habría llevado a crear ideologías que promueven “el cuestionamiento de la familia a causa de su índole natural bi-parental, la equiparación de la homosexualidad a la heterosexualidad y un nuevo modelo de sexualidad polimorfa”. En el ámbito de la teología, se critica que quienes siguen esta tendencia piensen que la liberación de la mujer exige una lectura crítica de las Escrituras respecto a la concepción patriarcal de Dios que transmiten; y se acusa a esta tendencia de considerar “sin importancia e irrelevante el hecho de que el Hijo de Dios haya asumido la naturaleza humana en su forma masculina” (3).

En algunas reflexiones posteriores a esta carta de Ratzinger, se llega incluso a cuestionar el estatuto científico del feminismo atribuyéndole el carácter de “ideología”. Al pretender significar el concepto de género como una “ideología” más, lo que nos sugiere es la pretensión de situar o desplazar al feminismo al plano de subjetividad, cargado de prejuicios, tan relativo como otras “ideologías” que han caído en desgracia y, por lo tanto, no inscrito en el campo de la “verdad objetiva”. Cuando ha sido precisamente el feminismo desde su posición postmaterialista el que ha cuestionado el concepto de ideología (patriarcal de género). Estas posiciones neo-conservadoras al afirmar el carácter ideológico del feminismo estigmatizan una forma de pensamiento crítico fundamental en la modernidad tardía (o postmodernidad) que ha liberado a las mujeres del *Eterno Femenino*, del determinismo biológico o del materialismo marxista.

En el juego de oposiciones que se han creado entre ideología (subjetividad) y ciencia (objetividad), el feminismo estaría en el primer campo, no inscrita por lo tanto en el campo de lo científico y cargada de prejuicios.

Asistimos así a una estrategia de deslegitimación del feminismo intentando demostrar que su propuesta, la construcción social de la diferencia sexual, no responde más que al interés de un grupo social, un colectivo de mujeres, que han conseguido imponerse sobre la mayoría social.

Aunque se acusa al feminismo de ser una ideología, es precisamente esta posición neo-conservadora la que se desvela como ideología puesto que utiliza la naturalización, la descontextualización histórica, la estereotipificación y la universalización que son los mecanismos utilizados por la ideología.

Así afirma Ratzinger en su carta de 2004, *“Entre los valores fundamentales que están vinculados a la vida concreta de la mujer se halla lo que se ha dado en llamar la “capacidad de acogida del otro”... No obstante el hecho de que cierto discurso feminista reivindique las exigencias “para si misma”, - sigue afirmando-, la mujer conserva la profunda intuición de que lo mejor de su vida está hecha de actividades orientadas al despertar del otro, a su crecimiento y a su protección. Esta intuición está unida a su capacidad física de dar la vida.... Desarrolla en ella el sentido y el respeto por lo concreto, que se opone a abstracciones a menudo letales para la existencia de los individuos y la sociedad.... Aún tratándose de actitudes que tendrían que ser típicas de cada bautizado, de hecho es característico de las mujeres vivirlas con particular intensidad y naturalidad....Así las mujeres tienen un papel de la mayor importancia en la vida eclesial, interpelando a los bautizados sobre el cultivo de tales disposiciones y contribuyendo en modo único a manifestar el verdadero rostro de la Iglesia, esposa de Cristo y madre de los creyentes. En esta perspectiva también se entiende que la ordenación sacerdotal sea reservada exclusivamente a los hombres. La mujer, por su parte, tiene que dejarse convertir y reconocer los valores singulares y de gran eficacia de amor por el otro del que su feminidad es portadora”*.

Como en otros campos de la sociedad, en la vida eclesial, hay un intento restaurador, en este caso se trata una vuelta a aquel estadio de opinión de finales del s.XIX y principios de s.XX, en el que se naturalizaban las diferencias entre hombres y mujeres, se biologizaba la identidad sexual, con los mismos argumentos médicos con los que el ilustre Gregorio Marañón y otros médicos del primer tercio del s.XX llegaron a justificar el dimorfismo sexual y la irreductible complementariedad entre los sexos.

Movimientos eclesiales de esta naturaleza vuelven así a legitimar la diferencia sexual bajo la pretensión de la supuesta científicidad que da el estudio neurológico, psiquiátrico, biológico, entre otras ciencias que razonan la diferencia sexual como fenómeno inevitable. ¡Cómo si la ciencia no tuviera previos epistemológicos que hoy en día están siendo puestos de manifiesto! En el fondo de esta crítica neoconservadora subyace un concepto de verdad científica de carácter positivista, no especulativo, que quisiera desvelarse objetiva y universal. El objetivo es, en última instancia, socavar una de las aportaciones más radicales como es el cambio de paradigma epistemológico que entraña el feminismo.

Este discurso ideológico que ha teorizado sobre lo que es una mujer, lo ha hecho también sobre lo que es ser varón. Es decir, que también ha construido lo que significa ser varón, aunque haya quedado más oculto puesto que su versión era la dominante. En este momento también comienza a ser analizada la construcción patriarcal del género varón y lo que implica.

Conscientes de la labor y el servicio de la reflexión teológica teológico en la Iglesia y en la sociedad, y animadas por las palabras del mismo J. Ratzinger: *“La Iglesia necesita del espíritu de libertad y de franqueza en su vinculación a las palabras: ‘No extingáis el espíritu’ (1Tes 5,19)... Si fue flaqueza de Pedro negar la libertad del Evangelio por miedo a los adeptos de Santiago, su grandeza estuvo en aceptar la libertad de san Pablo que le ‘resistió cara a cara’ (Gal 2,11-14). La Iglesia vive hoy todavía de esta libertad que le abrió el camino al mundo pagano”*¹, estas Jornadas pretenden (colaborar a la reflexión seria y rigurosa sobre el tema, queriendo , con ello, ser fieles a nuestra tarea de teólogas :

- Ofrecer una visión analítica y sintética de cómo, partiendo de una misma base física, la filosofía, la ciencia y la religión, entendidas como campos del saber que se han influido mutuamente, han teorizado (o construido) lo que significa ser mujer, ser varón y las relaciones a establecer entre ambos.
- Poner de manifiesto cómo esta reflexión es histórica y culturalmente condicionada y por lo tanto, como no puede ser de otra forma, sometida a revisión. Hacerlo ver en diferentes áreas de conocimiento: filosofía, teología, historia o ciencia.
- Ofrecer una reflexión que, desde el área filosófica, ayude a poner de manifiesto cómo la verdad objetiva es imposible y el conocimiento es siempre posicionado; y a comprender mejor la historia del concepto de género, su surgimiento, su evolución y su función heurística como categoría de análisis de la realidad.
- Analizar la verdad o falsedad de las acusaciones que se están vertiendo sobre ella: elección de la sexualidad a la carta, difuminación de las diferencias sexuales, fomento de la homosexualidad, destrucción de la familia bi-parental.
- Desenmascarar la pretensión de pura objetividad de la ciencia haciendo ver los previos epistemológicos de las ciencias y deconstruir la forma en la que la biología, la medicina y la psiquiatría, desde unos discursos androcéntricos, que pretendían y aún pretenden ser “objetivamente científicos”, han contribuido a determinar (construir)

¹ J. Ratzinger, “Freimut und Gehorsam. Das Verhältnis des Christen zu seiner Kirche”, Wort und Wahrheit 17 (1962) 409-21 (cita de la p. 21); traducción castellana: J. Ratzinger, *El nuevo pueblo de Dios*, Herder, Barcelona, 1972, p. 294.

lo que es una mujer o un varón, mediante la llamada naturalización (elementos clave de toda ideología junto a otros como la deshistorización); es decir, cómo se ha fundamentado en la naturaleza, entendida como un “fatum”, el lugar y el papel social que cada sexo ocupa.

- Proponer una reflexión teológica que tome en cuenta los resultados de esta reflexión previa.

La Teología, como discurso racional sobre la fe, también está condicionada por las categorías y esquemas culturales desde donde se piensa al ser humano en su relación con el absoluto, en su relación con Dios. Por tanto, también la Teología ha sido deudora de aquellas formas culturales e históricas de pensar tanto a la mujer como al varón, de la ciencia y la filosofía que definía los sexos, sus características y sus funciones. El concilio Vaticano II tenía muy presente que los autores bíblicos, aún inspirados, habían sido condicionados por sus culturas y por sus capacidades personales, y que ambos aspectos había que tener en cuenta a la hora de interpretar los textos autoritativos. Lo mismo ha de decirse de los escritores eclesiásticos que tanto han influido a la hora de definir la condición femenina y su lugar en el mundo y en la Iglesia. Las Jornadas pretenden no sólo analizar y deconstruir esta influencia en la construcción teológica de la diferencia sexual sino proponer una construcción nueva de la relación entre sexos y con Dios, vista desde la perspectiva de la tradición religiosa cristiana.